

presidente de Guatemala; de don Manuel Tomás de la Canal Henríquez, caballero de la orden de Calatrava, y de doña María Petronila de Hervas y Florez; de don Domingo Fernández de Castro y Bolívar (pariente cercano del Libertador), y de doña María Antonia Pérez Ruiz Calderón y Díaz Granados; de don Antonio de Narváez y Madariaga y de doña Josefa de Cárcamo Urdiales y Royero.

¡ALFONSO HERNANDEZ DE ALBA Y LESMES (1).

## A TRAVES DE LA HISTORIA

Cuando volvemos los ojos al pasado y contemplamos la cadena de los acontecimientos que la peregrinación del hombre sobre el planeta ha ido eslabonando, encontramos a cada paso su obra convertida ya en ruinas, al paso del tiempo y sus evoluciones.

Remontémonos al último confín del pasado, hasta sorprender al primer hombre en su jardín prodigioso, y encontraremos el primer peldaño de esa prolongada escala que de época en época, de sol en sol, llega hasta nosotros.

«Cuando Dios hubo terminado la obra de su creación, dicen los relatos bíblicos, tomó en sus manos un bloque de arcilla y formó de ella el cuerpo del hombre.» Sopló luego sobre su frente un hálito de vida, y mostrándole su universo, le dijo: «Cuanto miras, tuyo es; vivirás bajo las frondas de este jardín, mas tus ojos no se posarán en el fruto de aquel árbol.»

(1) Hacemos notar a los amables lectores, que hemos resuelto usar nuestro apellido paterno en la forma que aquí aparece, para seguir la tradición de nuestros antepasados.

Adán vagaba tranquilo por su mansión al arrullo de las fuentes y al soplo de la brisa. Era otro el destino del hombre. Pero cuando la palabra de Dios, con eco de trueno, resonó sobre la cabeza de Adán imputándole su culpa, éste despertó de su idilio y miró con asombro los arcanos de un insondable abismo. Fue entonces el diálogo entre la justicia y la culpa...el tremendo juicio....y el hombre que llevaba en sus sienes soplo divino fue condenado a eterna proscripción.

Y empieza aquí la gran jornada de la raza humana. Los rayos del primer sol dejaron sentir sus inclemencias sobre Adán, y él bañado en lágrimas, inició la senda llena de zarzas.

El hombre se multiplica, y la primera culpa engendra otra culpa. El puñal de Caín hiere el pecho de su hermano, y la tierra se mancha por primera vez con la sangre del pecado. Ella era ya para el hombre, y él debía hollarla con su planta.

Los tiempos se sucedieron y engolfada en ellos la prole de Adán marchaba a su destino.

Las facies de la vida del hombre sobre el globo ofrecen una serie inmensa de cambios desde esa edad que se pierde en los confines del pasado, cuando el árbol y la roca le brindaron un techo, hasta el sol del presente a cuya luz lo vemos cruzar airoso los espacios desafiando los vientos sobre el dorso de su águila artificial.

«El hombre se aumentaba y la maldad crecía con él,» dice el antiguo versículo. Entonces Dios, para lavar la culpa, abrió las cataratas del cielo y un mar de agua cubrió la superficie de la tierra. Pero no todo había de perecer, y por eso mientras la ira de Dios gritaba destrucción, una nave prodigiosa iba flotando sobre aquella inmensidad. Noé suelta la paloma, y ella le trae

guirnaldas de olivo en su pico. La ira divina había cesado, y la tierra era otra vez para el hombre.

A través de los años la raza de Noé, el escogido, se había multiplicado ya; y temiendo no ver en el cielo el iris de la promesa, en un rapto de soberbia lanza a los cielos la célebre torre de la confusión.

«Tu descendencia irá a todos los confines,» había dicho Dios al viejo patriarca, y de sus tres vástagos arrancó entonces esa inmensa familia llamada raza humana; y el mundo en tres cascós dividido fue luégo su teatro.

Vemos entonces a los hijos de Sem cruzando la Mesopotamia; a los de Cam, las ardientes llanuras del Mediterráneo; y a los de Jafet, en las playas del mar Negro y del Cáucaso.

Muchos siglos han pasado. El hombre ocupa ya esferas menos rudimentarias que en sus primeras auroras. Ya sus manos a par del instrumento de hueso o de piedra, aprisionan el de bronce o de hierro y en su mente arde la llama del ingenio; la hija del Tibet nos ofrece aquel muro invulnerable que alzara el gran Sínchi-hoang-tí, para exhibir en él su altivo cetro. Cruzando a vuelo de águila, tropezámos con esa extensa porción denominada Egipto, cuyas ubérrimas pampas riega el Nilo, y después de dar una ojeada a ese emporio de feracidad, nos detenemos a reposar al pie de esos colosos que se llaman las pirámides, eternos delatores del potente cetro de Queops, Quefrén y Micerino.

El hombre en su gira ha tendido siempre a buscar la verdad y el medio de proporcionarse una vida mejor, para lo cual nunca ha cejado en la labor consecutiva de elementos que integren su bienestar. Por esto vemos a la cabeza de cada pueblo un jefe común que

guía sus destinos y le representa. De la misma manera la idea de un Dios ha sido inexorable en la mente humana.

El genio del hombre es una máquina que gira al calor de los elementos que lo rodean, y nunca ha cesado en su actividad.

Ninive y Babilonia surgen como dos perlas acariciadas por el Tigris y el Eufrates, y en su magnificencia altiva, mostrando sus atavíos, hacen un gesto de burla a los siglos.

Cada uno de los acontecimientos humanos, tiene una fuente que lo motiva, pero en cada episodio del drama universal la mano de un Dios se ha sentido: cuando Sodoma y sus cuatro émulas agigantaban su orgía de voluptuosidad y la voz del patriarca, ahogada entre sus gritos, no alcanzó gracia ante Dios, el fuego del cielo la tragó en sus llamas y el teatro del crimen fue cubierto por las aguas de la maldición.

Dios quiso un pueblo para sí, y entonces ardió la zarza en el Oreb y Moisés, el hijo del misterio, que la faraona arrebatara a las aguas de la proscripción, escuchó su voz. «Tóma esta vara—le dijo—y véte al país que yo te mostraré.»

«El imperio de Faraón se ha desmembrado y los elementos de su ira son juguete de las olas.» El pueblo de Dios marcha a su destino, y cruza las arenas del desierto; la vara de Moisés abre linfas en la roca; cae maná del cielo; suena la trompeta de Dios en la cumbre del Sinaí al compás de truenos y relámpagos, y al fin ocho lustros de amarga jornada contemplan la tierra de promisión.

De aquel pueblo regenerador de una raza maldita, habían de arrancar David y Salomón, que llenaron de luz los anales del viejo imperio de Judea.

El movimiento humano ha sido sucesivamente un torneo de creación, de destrucción y de regeneración; el surco que una era fecunda, otra convierte en arrenal; y ese arrenal a su vez es convertido en espigas por la era que le sobrevive. Los imperios se levantan sobre altares de flores y caen bañados en raudales de sangre; un cetro cede su puesto a otro cetro, una espada a otra espada; la emulación derriba un imperio y erige altares a su Dios; la fuerza arrebató el poder al derecho; surgen las conquistas, y la virtud y el crimen se mezclan en esa implacable corriente.

El carro del progreso rodó por todas partes: Grecia se levantó con sus héroes y sus sabios de entre las cumbres del Olimpo y el trono de Apolo, y ufana en su majestad ultrajó a la Esparta naciente.

Atenas apareció risueña y majestuosa señalando el derrotero a la civilización con una mano, y llevando en la otra el código del progreso representado en su valiente hijo Solón.

Vienen luego los dramas de sangre. La ambiciosa espada de Darío pretende erguirse en el dominio griego y cae en Maratón a los golpes del hierro de Milciades.

La calma se restaura un instante, mientras se exhibe aquel genio olímpico que con el nombre de Pericles cubrió de gloria a su madre Atenas, sellando con su propia mano «el siglo de oro» que apellidaran las futuras razas.

Todo fue gloria entonces para la Grecia altiva: Sócrates, Platón y Aristóteles sorprenden los misterios de la filosofía, en tanto que Heródoto acopia en admirables líneas los episodios de las pasadas razas, y Esquilo, Píndaro, Sófocles, Zeuxis y Eurípides arrancan chispas a su ingenio... Demóstenes deja su elocuen-

cia grabada en «el mármol de la inmortalidad,» y Apelles desafía con su paleta a las edades.

Pasaron siglos, y la humanidad agitada en una apoteosis de locura, fue presa de férvida fiebre. Las tablas del Sinaí cedieron su puesto al místico centauro, y el hombre se forjó dioses a su amaño. Ya no habría nuevo diluvio, ni el cielo vomitaría más llamas. El Dios de Abraham y de Jacob se había refugiado en Palestina, y la idea pagana clavó su estandarte sobre el resto de la humanidad extraviada.

Entre tanto, Roma, la hija del misterio y de la fábula, surgía altanera señalando horizontes de inmortalidad. Su aurora, sellada con sangre fratricida, preludeaba que su futuro sería una edad de hierro. La madre de la fuerza y del derecho levantóse poderosa con un gesto de ambición y de gloria. El hijo de la Loba arrastra su dorada reja y traza el surco, despojando de su nido a los pelinos. Las águilas del Tíber mostraron luego su invencible garra, y empezó entonces un torneo de triunfos, de coronas, de hierro y de sangre. La hija de los dioses supo empuñar a un tiempo la pluma, el pincel, la coraza y la espada.

El valor fue entonces la estrella de oro de aquella urbe trazada con sangre. Las instituciones brillaron en el solio al paso que las espadas conquistaban imperios.

Rómulo había echado las bases de la gran señora de los pueblos, mostrándole con su código el camino de la inmortalidad, y Numa Pompilio, Anco Marcio, Tarquino y Servio Tulio supieron ampliarlo y abrir para su futuro eternas huellas de luz. Los pueblos inclinaron uno a uno la cerviz ante aquella fuerza olímpica, a la que fue pálida sombra el «Vae victis!» del terrible Breno. Macedonia, Galia, Sicilia y Grecia habían adornado su arco de triunfo; Cartago le robaba el sueño

y el eterno juramento de Aníbal, en las aras del templo de Melcarte, fue ahogado en la implacable sentencia de Catón: «Coeterum censeo Carthaginem esse delendam.» La pujante codicia sobrepujó entonces al valor y la hija floresciente de la célebre Dido cayó bajo la garra de las vencedoras águilas de Escipión. En la mente de aquellos hijos del ideal y de la gloria había nostalgia de grandeza. Mario exhibe su valor en la punta del acero; Sila organiza y regenera un pueblo corrompido e indómito; Pompeyo se exaspera al pensar que muere sin legar a su patria una corona, y Julio César —el genio inmortal de la generosidad y el valor— ata a su carroza cien imperios, se ciñe la púrpura imperial, da brochazos de luz por todas partes, y esclavo del deber y presa de la emulación, cae al pie de la columna capitolina, bajo el puñal de Bruto, que no supieron contener sus águilas porque habían huido.

Sale entonces al escenario Octaviano, el Augusto, y bajo su palio de cordura y prudencia todo respira calma y grandeza. Aquel magnífico enjambre que había acumulado tantos granos de miel en su panal, parecía tranquilo ya en su laboreo: Calíope acaricia las sienas de un Cicerón, y el chispeante apóstrofe saltó por la tribuna entre pasmos y embelesos. La justicia rodó por el foro y la perfidia ocultaba su felpuda cabeza.

Qué significaba esta calma después de tantos dramas de sangre? Era la paz que sobreviene siempre a las grandes borrascas. Era que se acercaban los grandes días anunciados por Daniel.

La orgía humana se agitaba entre el derroche de la danza y la púrpura; lucían sus togas lino de Persia, y el licor oriental dejaba sentir su fragancia en ánforas doradas. El gladiador descendía a la arena entre ovaciones febricitantes; era su sangre licor embriagan-

te a las vestales. En las aras ardía la víctima inocente, y el humo de su carne era incienso de los dioses.

Entonces una estrella apareció en el oriente. ¡Milagro!, murmuraron los hombres, conmovidos: es la estrella de Balaan, musitaron los magos de oriente.

El cielo estaba más azul y las auroras fueron más blancas.

«El hijo de la promesa ha nacido,» gritaron los pueblos; y la corona de Herodes, el monstruoso, estremecida vaciló entonces.

Bajo el cielo de Galilea apareció luego la silueta de un hombre incomparable, cuya mirada envidiaron los crepúsculos y cuyos cabellos despertaron la codicia del sol: era la egregia figura del Hombre-Dios, del Dios triste, nacido en un establo, en medio de estrellas encendidas y al ritmo de orquestas celestes. Su voz resonó en Tiberíades, y el eco de sus palabras repercutió por los ámbitos de la Sinagoga. Sus ojos, robados al cielo, atrajeron las multitudes; vieron los ciegos, saltaron los cojos y los muertos sacudieron sus gélidos sudarios y se levantaron de las fosas... Las águilas paganas sintieron tambalear sus pedestales, y el tráfago inquietante de las profanas urbes se sintió inyectado. Temió el trueno, y el mar guardó silencio..... Su voz apacible y majestuosa nunca había brotado de labios humanos; su mansedumbre no tuvieron las ovejas de las campiñas sacras, y su poder fue mayor que el de las espadas todas, reunidas en un solo haz: Moisés convierte la roca en manantial, Salomón reta a los siglos, Josué detiene al sol en su carrera, Sócrates conmueve los muros de la filosofía y el César subyuga los imperios; pero el Hijo de las estrellas penetra en los sepulcros y despierta a los muertos, ordena al torrente que se detenga y al punto él suspende sus que-

rellas, se roba los corazones sin abrir los pechos, conmueve las montañas y se proclama Hijo de Dios. No lleva hierro en el cinto, ni coraza sobre el pecho ; pero su voz derriba cúpulas y a su señal el rayo se detiene.

Todo poder se ha eclipsado, y el genio encuentra empañados sus cristales. El César se inquieta sobre su solio dorado, y los dioses yacen pensativos. La virtud reclama su puesto al vicio ; la verdad al error ; la realidad al mito . . .

Las turbas infamantes sintieron entonces sed de sangre, pero de sangre divina ; y el egoísmo altanero no vio ya al Dios bajado de los astros, sino al perturbador siniestro, al hijo de la impostura. No fue ya el héroe del milagro, ni el Hombre-Dios anunciado por los videntes. Las flores del huerto contemplaron entonces su agonía, y la ciudad de los profetas se empurpuró con su sangre. La cumbre del Gólgota recogió su último suspiro y los montes se conmovieron, desmayó el sol, el cielo vomitó rayos, se estremecieron los astros y abrieronse los sepulcros.

La cruz mostró su INRI, y los dioses del mito rodaron de sus tronos ; cesó el látigo, el esclavo tuvo también corona, y huyó el centauro avergonzado!

La noche del error recorrió su manto para dar paso a las auroras de la verdad ; y apareció entonces el sol de la regeneración, cuya clara luz contemplan veinte siglos.

ALFONSO FRANCO RENDON,  
convictor.

Bogotá, 28 de septiembre de 1925.